

# EN BUSCA DE LA COMPA- ÑIA

El camaleón

Camaleón



EN BUREAU

Érase una vez, hace mucho mucho tiempo, en la costa gallega.

Había una familia de origen irlandés que habitaba en una pequeña aldea, la cual antiguamente había sido una gran fortaleza, pero que tras llegar los vikingos ahora estaba en ruinas y abandonada. Sólo vivía en ella aquella humilde familia, que por cierto estaba compuesta por los padres Willy y Ana, y los hermanos Fran y Jorge y la pequeña Marieta. Juntos formaban una gran familia, pero sentían que les faltaba algo, algo muy importante: la compañía. Muchos días soñaban con alguna persona nueva que los hiciera compañía.

Un día cualquiera, por la noche, Marieta tuvo un extraño sueño. En él, se podía divisar a un grupo de vikingos inspeccionando la aldea y las antiguas ruinas. No pudo evitar levantarse de un salto, ponerse las zapatillas e ir a despertar a toda su familia. Al principio la tomaron por loca, pero para quitarle la angustia a la chiquilla, decidieron ir al lugar en el que había ocurrido aquel sueño. Hacía mucho que no iban a la aldea, a pesar de que vivían al lado. Al principio no vieron nada y, cuando estaban a punto de irse, Fran divisó una extraña figura. A pesar de la niebla y la humedad, empezó a formarse una especie de cuerpo, que pronto se convirtió en... ¡una estatua! No supieron cómo reaccionar, no se esperaban aquella sorpresa. En el pedestal se leía un nombre grabado: O'Neill. Empezaron a sentir una mezcla de miedo y emoción y Willy, venciendo aquella angustia y dando un paso a delante, empezó a rodear la figura. No pudo contener un grito que hizo retumbar toda la aldea. Todos se reunieron con el padre e hicieron lo mismo.

que había hecho Willy: gritar con todas sus fuerzas. La causa de esta reacción fue una extraña nota clavada en el gemelo de la estatua del tal O' Neill. La madre cogió la nota y la leyó en voz alta: "Si no queréis que hoy sea vuestro último día, una barca debéis construir, alimentos y bebida para sobrevivir, el mar debéis surcar y los peligros evitar".

Dicha esto, volvió a colocar la carta en su sitio y se apresuró a volver a casa con su familia para aclarar el caso. Ya, un poco más tranquilos, aunque con mil preguntas en la cabeza, decidieron hacer lo que decía la carta. Es verdad que tenían una barca, bastante grande para que pudieran caber los cinco, y bastantes víveres. No sabían por donde empezar, pues nunca habían navegado por aquellas aguas, después de llenar la barca con un montón de comida y de agua subieron a ella y empezaron a navegar.

Ya llevaban navegando mucho tiempo desde la partida, cuando empezaron a sentir un fuerte olor a azufre. No se equivocaban, pues ese extraño mineral abundaba en la zona. El problema era que estaba siendo extraído por unos hombres que iban vestidos con patas de palo, gorrios y parches de ojo, en definitiva, piratas. A pesar de que estaban muy cerca de ellos, parecía que su torrea les entretenía así que pasaron desapercibidos.

Pero el siguiente tramo se complicaba, ya que la co-

oriente les impedía seguir su camino previsto y les llevó hasta una isla abandonada. O eso creían, porque había no muy lejos de la orilla una cabaña, que por el humo que desprendía se podía entender que alguien había allí dentro. No hizo falta llamar a la puerta, pues ya estaba abierta y, dentro, había un hombre mayor que con gesto generoso les invitó a pasar. Una vez dentro, Willy le contó la historia al anciano, al cual obviamente le costó asimilar tanto misterio, pero al final y tras muchas preguntas lo entendió. Les ofreció algo, que no pudieron rechazar porque tenían un hambre terrible. De prisa y corriendo salieron de la cabaña y reemprendieron el viaje.

No tardaron mucho en descubrir a varias millas de donde estaban, otra isla para nada parecida a la anterior. La arena era negra y espesa, las pocas flores que quedaban estaban marchitas y el viento sopaba como nunca. Sin muchas ganas, pero casi obligados, desembarcaron. Había un castillo que, la verdad, imponía bastante. A los pies de sus ruinas, un letrero les indicaba dónde se encontraban. Estaban en la Isla Negra, a catorce millas de Irlanda, su punto más cercano.

Antes de entrar, una voz les heló la sangre diciendo:

-¡Qué locos! ¿Acaso habéis pedido a alguien poder entrar aquí?

Se hizo un gran silencio y Ana arrojándose de valor, le preguntó quien era él y que hacía aquí. El hombre respondió de forma grave: Soy Mathew Phillip O' Neill, descendiente del pirata más temido de, y estoy aquí para vengar su muerte.

Dicho esto, la madre se disculpó, pero a la vez le preguntó si tenía algo que ver con la estatua que apareció

hacía unos días en su pueblo. El hombre, ahora sí, se mostró más amable y les dijo: Fui yo, yo pose esa estatua porque O'Neill, antes de cerrar los ojos para siempre, me dijo que me juntara con alguien para no estar solo. Les explico que la razón de la rotita era que le daba mucha vergüenza aparecer por ahí para buscar amigos. Lo que le apetecía era tener visitas y poder conocer a otras personas como ellos, que ya se estaban haciendo amigos.

Decidieron quedarse y, un par de días después, volvieron a su casa con su nuevo amigo, que les había proporcionado comida para el viaje. Las alas estaban en su contra y por poco no vuelven a ver a Jorge, que se les cayó por la borda. Sin contar con que los piratas esta vez sí les pilbaron, y si no fuera por el hábil espadachín O'Neill ya estarían muertos. Llegaron a su hogar agotados y sin muchas fuerzas, Mathews saltó a tierra primero y ayudó a bajar a los demás. Decidieron que se quedaría con ellos, era extraño y un tanto misterioso, pero también amable y con un gran corazón. Así fue como la gran y bondadosa familia acogió a una persona necesitada de cariño. Nunca se olvidaron de que ellos tampoco lo habían pasado muy bien, pero sobre todo, de algo con lo que soñaban, la compañía.